



como una necesidad inaplazable no sólo para la propia cultura cubana, sino también, y sobre todo, para la cultura latinoamericana en general. El hombre nuevo, al que tanto se alude, sólo podrá surgir en la libertad enriquecedora de esa confrontación, en el libre juego de conductas y concepciones *distintas*.

De lo contrario, se podría caer —como tal vez está ocurriendo ya— en los parámetros delirantes del discurso esquizofrénico. Las apoyaturas teóricas que signan las reflexiones de Imeldo Alvarez no rebasan los límites (geográficos e ideológicos) de la isla: Portuondo, Marinello, Lisandro Otero, Mirtha Aguirre, Fernández Retamar y los dirigentes revolucionarios Fidel Castro, Ernesto Guevara, Armando Hart Dávalos y V.I. Lenin. Ninguna voz de fuera, nada que pueda manchar de “cosmopolitismo” o de “sometimiento cultural hacia las metrópolis opresoras” el discurso de Alvarez García. Sólo el eco de la propia voz, la imagen en el espejo propio.

La homogeneidad y la rigidez sólo trabajan para la muerte. Y uno de sus signos —no el menos relevante por cierto— es precisamente el olvido, la censura que el poder ejerce sobre la historia, esa otra historia que se escribe desde el poder y en la que los hombres y las cosas desaparecen en su diferencia, en su especificidad, o simplemente desaparecen.

¿Por qué en lugar de suprimir las heterogeneidades no se las hace emerger a las sintaxis del discurso? ¿Por qué no se las discute franca y abiertamente? Una cultura que no se problematiza a sí misma es una cultu-

ra muerta, o que trabaja para la muerte.

El número 6 de *Cuadernos Americanos* incluye también ensayos de Silva Herzog, Leopoldo Zea, Cossío del Pomar y Carlos M. Rama, entre otros; los discursos de Emigdio Martínez Adame, José Luis Martínez y Silvio Zavala en conmemoración del cuadragésimo quinto aniversario del Fondo de Cultura Económica, y estudios dedicados al análisis de la obra de destacados escritores latinoamericanos: Octavio Paz, Wilberto Cantón, Yáñez, Borges, Carlos Fuentes y Julio Cortázar.

Cuadernos Americanos, México, año XXXVIII, vol. CCXXVII, núm. 6, noviembre-diciembre, 1979.

LECTURAS

MEXICO MODERNO

México moderno, Revista mensual de Letras y Arte. Dirigida por Enrique González Martínez, y después por Manuel Toussaint y Agustín Loera y Chávez. México, D. F., agosto de 1920 a junio de 1923 (irregular). Primera edición facsimilar del F.C.E., México, 1979.

POR GUILLERMO SHERIDAN

Después de *Argos* y *Pegaso*, esta es la nueva revista de Enrique González Martínez, presencia cenital de la incipiente cultura posterior a la Revolu-

ción: poeta, editor de revistas, guía de juventudes (si es que las actitudes de Jaime Torres Bodet y sus amigos logran que sus calvas infantiles se deslicen a la protección de tal concepto) dispendioso otorgador de *nihil obstat* a poemarios apresurados, campeón, en fin, de esta república de letras. Son los años en que el doctor es, como dice Torri, junto a Reyes, Vasconcelos y Caso, “uno de los cuatro grandes”. La revista —sigo al anónimo prologuista de la edición— fue durante tres años “la publicación que dio cuenta de la actividad intelectual del país”, y, en definitiva, fue el último bastión de “una cultura sin fisuras y empeñada en las altas tareas del espíritu que pronto, por las vanguardias, los nacionalismos culturales y los compromisos con la realidad, vería atacados sus principios de alta cultura para dar paso a nuevas facciones y nuevos sectarismos”.

Efectivamente, las alas de la revista cobijan, a cada momento, a los en potencia, más encontrados huéspedes o, quizá sería más adecuado decirlo así, las más encontradas opciones ante la función de la literatura. Es indudable que, a diferencia de lo que sucede en las artes plásticas y musicales, en la filosofía, las letras nacionales tardarían mucho en resentir el sacudimiento de la revolución, y más aún la poesía que la novelística. Esto, en parte al menos, es achacable a la enérgica influencia que ejerce González Martínez como poeta y como cabeza del clan literario de la hora. No es difícil asegurar que lo único que pasó después de que le torció el cuello al cisne fue que nuestra poesía siguió siendo un cisne, pero ahora con el cuello victimado por la bursitis. En ese sentido no deja de ser un mérito que los estridentistas propusieran, en medio de toda su alharaca, la lectura de autores entonces todavía extraños a las lecturas de los jóvenes: Max Jacob, Cocteau y Marinetti. Por ejemplo, del grupo de jóvenes que participan en la empresa (Torres Bodet, Ortiz de Montellano, González Rojo y Gorostiza) sea éste último el único que lee, digamos, a los Machado y a Juan Ramón Jiménez, mientras los otros aún se deleitan con Santos Chocano o el primer Lugones.

En este sentido es interesante también releer una ardiente convocatoria de Ricardo Arenales, que ni siquiera era mexicano y que gravitaba también en la órbita de *Silénter*: los poetas modernos de México —dice— forman “una generación de intelectuales que se hunde con deleites morosos en su concepto del arte y que, una vez dentro, no escucha el fragor de las catástrofes preñadas de ideal que revientan en la superficie”, se queja de “la helada y egoísta serenidad de este libro —Anto-

logía de poetas modernos de México—” y termina sosteniendo que la poesía moderna del país “es porfirista”.

Las vanguardias, sin embargo, están representadas en la revista, única y exclusivamente, por José Juan Tablada. Los estridentistas tenían su propia revista —*Actual*, que por cierto no parece estar considerada en las reediciones del F.C.E.— y, además, se atrincheraban en las páginas de *El Universal Ilustrado*. No importa. La explosión tabladiana implica ya la eventual llegada de actitudes poéticas como las de Novo y Villaurrutia, si bien aún faltan ocho años para que *Ulises* toque las playas nacionales. La otra presencia que, cautivada como otras al principio por el resplandor de EGM, definitivamente es ya dueña de una voz bien particular, es la de Carlos Pellicer, quien a la sazón se encontraba todavía de viaje por América del Sur. ¡Qué lejanos ya del rebolledismo cansado de *Gladios!* Aparecen sus poemas “Yo no sé qué tiene el mar” y “Recuerdos de Iza”:

Aquí no suceden cosas/ de mayor
trascendencia que las rosas...

Los otros miembros del primer grupo que después culminaría en la revista *Contemporáneos* (Novo y Villaurrutia serán los primeros en acercarse a Torres Bodet; Owen y Cuesta serán “descubiertos” eventualmente por Villaurrutia) dejan en *México moderno* las no pocas veces lastimeras huellas de su formación literaria como lo han venido haciendo desde 1916: la típica e infaltable sección “La joven literatura mexicana”, a cargo de don Agustín Loera y Chávez (uno de esos casos en los que la buena voluntad deja muy atrás a los recursos de la inteligencia) quien se dedica a sabotear los afanes de los que ya

desde entonces imagina sus discípulos. Así, Torres Bodet es un poeta de “unciones líricas, íntimas vibraciones y mágicas musitaciones” que destila “vahos de pesimismo” desde “los frescos alambiques de su tierna juventud”; González Rojo es dueño de “élitros de infinita movilidad” que amasan “con los átomos de su propio polen clarinadas líricas de ondulante transparencia”, etc. Lo mismo se dice de Gorostiza —el mejor entre ellos, sin duda: “Vuelvo a ti” y “Gaviota” son dos poemas que podrían haber entrado a las *Canciones* sin desdoro para nadie — y de Pellicer. En fin, para nadie es un secreto que los audaces efebos eran, en esos años, unos solemnes y precoces ancianos de 17 años lo suficientemente hábiles para hacerse de un sitio en la nómina de las letras nacionales —y en otrastambién— mimetizando los vicios y virtudes de algunos poderosos. Insisto: tendrán que llegar Novo y Villaurrutia, educados con otras personas, lectores de otras literaturas y otras intenciones, para que la generación adquiera su verdadero matiz vanguardista después de *Ulises*, sin duda la más extraordinaria revista literaria de esos años. Y es que su paso por la revista permite levantar un índice de sus lecturas de entonces: Torres Bodet, cuya personalidad por desgracia permea a la de sus compañeros, comenta todavía que Rolland debe vencer la misantropía del degenerado Huysmans, lee a Jammes y a Anatole France y a Samain. La figura de Gide, que será tan importante para la generación, por fin empieza a abrirse paso para colmar las iras de Maples Arce —quien años después, por cierto, sostendrá una moción en la cámara de diputados dirigida a prohibirlo a él y a

Proust por “maricones y pederastas”— Sin embargo el saldo es bien representativo de la escandalosa lentitud con la que las letras francesas —ya no se diga norteamericanas o inglesas— llegaron a México. Esto se comprende si se tiene en cuenta que EGM y Vasconcelos insisten en hacer de Tolstoi, Rolland y Tagore los guías de la juventud. Pellicer, que está afuera, comentando el oscuro libro de un todavía más oscuro poeta joven sudamericano, clama refiriéndose a los prematuros anhedónicos: “Llorar así desde un libro de versos y a gritos es una grave falta de cortesía... La América Indoespañola está renovándose y sus jóvenes poetas deben ya abandonar los gestos pasados y profesar la vida de un modo más respetuoso y sincero”, los jóvenes poetas, dice, deben “abrir su corazón al corazón espléndido de nuestra América nueva”, pues es una lástima que esa “tristeza lleve al caos o al ridículo al 99% de los infinitos poetas jóvenes de América: cuando un poeta llega a confesar que su vida es un abismo y llora femeninamente y cita nombres de mujeres vulgares, está perdido...” Ya con Henríquez Ureña en el consejo de redacción —EGM ha salido a cumplir sus deberes de diplomático—, al principio del tercer año, después del hermoso número dedicado a López Velarde por motivo de su muerte, aparecen Salvador Novo y Xavier Villaurrutia. El grupo de Torres Bodet ha desertado en pleno para treparse al carro de la transformación latinoamericana que fue *El Maestro*. Novo, con Tablada, Pellicer y Gorostiza significa la alternativa que la poesía tiene que seguir en el momento.

Todo, poeta, todo —el libro
ese ataúd— al cesto!
Y las palabras, esas
cortesanas...

La ironía, el requiebro lúdico, el capricho *sport* aparecen con él y comienzan a desplazar un tanto, en el nivel de la militancia estética, los humosos vahos rosicleres de Torres Bodet y Ortiz de Montellano. Estos últimos números de la revista, los de 1923, le dan más importancia a las cuestiones nacionales; hay un recatado folclorismo nacido en la fiesta pública (“La feria” de Julio Torri), o las voces de la ciudad. Novo inicia la sección “Repertorio” donde da cabida a XV y donde hablan de artes plásticas y cine. Juntos traducen a Pater, Santayana y Huxley y comentan, por primera vez, cuestiones de teatro.

Entre mexicana y nacionalista, entre moderna y contemporánea, la revista es bien interesante y, en definitiva, hace las veces de una espora a punto de estallar y cuyo polen, diverso, contradictorio, caerá eventualmente en tierra fértil.

